



**Hugo Rodríguez-Alcalá**

△▽

## **El camino de la desesperación**

¡Ah, los caminos del Chaco! Uno de ellos se llamaba *El lóbrego*. *El lóbrego* iba de Campo Jurado a Capirenda. Y era, en efecto, un camino lóbrego, sombrío, cruel, cuyo impalpable polvo oscuro formaba nieblas de pesadilla al paso de las tropas y convoyes. Otro se llamaba «Picada Mister Long». Acerca de este camino escribí yo siendo adolescente.

¡Picada Mister Long, horrenda vía!  
¡Cincuenta y tres kilómetros macabros!  
¡Cómo el camión saltaba  
sobre la pestilencia de los cráneos!  
¡Despojos de un Ejército en derrota  
sobre los cañadones chamuscados!  
¡Cadáveres mefíticos roídos  
de asquerosos gusanos!

Seguramente había otros caminos tan atroces o más que estos dos. En otro poema de juventud evoco yo el que iba de El cruce a 27 de Noviembre o de Yrendagüe a Carandayty. (Ahora la geografía se me confunde en la memoria). Vía crucis los dos, de idénticos horrores: [261]

Todo un Cuerpo de Ejército enemigo  
vencido en Picuiba  
pereció en los caminos de la Sed.  
Los caminos ahítos de cadáveres  
y negros de camiones incendiados  
hablan de aquel vía crucis.  
El más grande estrategia  
en la inmensa, espantosa soledad  
fue un fantasma: la Sed.  
Despierten los recuerdos,  
quiero hablar de la Sed...

Eran, casi todos los trajinados por la derrota, cementerios de muertos insepultos, si así puede decirse. Hoy quisiera evocar una picada, una que iba de Cañada Tarija a Carandayty, si mal no recuerdo. Los bolivianos la bautizaron con este nombre: el *Camino de la Desesperación*. ¿Qué recuerdo yo de este camino con mayor nitidez? ¿He marchado yo por él horas y horas de sed y de fatiga? ¿Duró la agonía de esta marcha de un sol hasta otro sol, bajo el ametrallamiento de aviones de vuelo casi rasante y el asedio de cobardes emboscadas?

No, nada de esto. Nada absolutamente. Yo no di un solo paso sobre ese largo río de arena gris, río ardiente, que no fluía, que estaba fijo, pero que las tolvaneras, los camiones, los pies de los infantes hacían levantarse en sombríos remolinos, en negras nubes tras cuyos perfiles fantasmales se desdibujaban los bosques paralelos. [262]

¿Qué es entonces lo que me induce hoy a la recordanza del camino aquel del desesperamiento, del extremo sufrir y la agonía que inspiró a muchas vidas el afán de arrojarse a la muerte?

Pues, personalmente, es muy poco lo que puedo contar como testigo de uno de sus tristes episodios. Lo que hoy evoco es una escena, nada más que una escena que no habrá durado más de unos breves minutos.

Sin embargo, el recuerdo de aquel día en el *Camino de la Desesperación*, de aquel oscuro día atardecido, no puede borrarse de mi memoria después de más de medio siglo.

Yo iba al caer de la tarde en un camión que transportaba municiones de guerra y municiones de boca. Encima de los cajones de proyectiles se habían amontonado bolsas de galletas, muchas, muchísimas bolsas de galletas. Y sobre estas bolsas se equilibraban, inseguramente, unos cinco soldados y un sargento obeso, fornido y brutal, cuyo enorme cuerpo ocupaba el sitio de dos o más de los cetrinos adolescentes a su mando. En la cabina, junto al chófer, viajaban dos oficiales de más de una estrella cada uno. El más viejo de los dos, era un capitán removilizado, que había combatido en la revolución del '22 al '23.

Del rostro e identidad de los oficiales, del chófer, del sargento, de los soldados, no tengo nada cierto que decir. Los veo como sombras sin caras, entre dos luces.

Yo explayaba la mirada sobre el camino sombrío y vagamente podía ver, hacia adelante, unas siluetas negras, hasta que de pronto el camión llegó a un paraje de un área de unos cincuenta metros de arena voladora, donde se afanaban en arreglar -¿tenía arreglo?- el [263] malísimo camino en uno de sus tramos peores. Había allí unos quince o veinte prisioneros esqueléticos que, a duras penas, con palas largas o cortas, trataban de allanar los baches. Como las ruedas de tantos camiones habían amontonado irregulares colinas de fina arena gris a una y otra vera del camino, los prisioneros traían esta arena hacia el medio del camino y allí la aplanaban con el revés de las palas.

Después, la apisonaban con troncos de quebracho manejados lenta, dificultosamente por dos o más infelices, roídos por el hambre, el escorbuto y la fatiga afiebrada.

Tarea la de estos miserables casi enteramente inútil: el paso de cada camión volvía a deshacer esta labor de Sísifo; las lluvias convertían el camino en largo, inacabable lodazal en que se hundían las ruedas hasta los ejes, patinaban impotentemente *sur place*, sin avanzar una pulgada, batiendo circularmente el fango oscuro como un repulsivo, maloliente chocolate.

Aquel día, aquel atardecer soplaba, implacable, una furiosa tolvanera negra. Las figuras de los que trabajaban en el camino, a cierta distancia, borradas por el polvo y, desde cerca, fantasmales, eran del patetismo más conmovedor. Yo las miraba como a esos *spirti* de que habla Dante, fustigados por el viento infernal.

Al pasar el camión entre aquellos desgraciados sumidos en la furiosa niebla, casi negros, apenas capaces de lentos movimientos, nos tendieron sus manos descarnadas:

-¡Una galletita! ¡Una galletita por amor de Dios!

Dos o tres sádicos guardias, blandiendo largos garrotes, se [264] precipitaron sobre las sombras mendicantes que osaban suspender su tarea y los golpearon con toda furia, en el pecho, en las espaldas, en las piernas vacilantes. Uno de los garrotes, con un grueso nudo en el extremo, dio tan fuerte golpe sobre el centro del pecho de una de aquellas sombras que yo, pese al ruido del motor, oí el golpe y vi la víctima caer de espaldas con los brazos en cruz.

Dos o tres soldados que iban conmigo en el camión, estremecidos de piedad y de horror, cortaron con sus machetes trozos de la lona de una de las bolsas de galletas y arrojaron puñados del duro bizcocho esférico a la turba gemidora. Entonces los feroces guardias se ensañaron contra los que, para recoger la limosna, arrojaban la pala y con ambas manos recogían de la arena una o dos galletas.

Pronto dejamos atrás al miserable grupo y sus verdugos. Yo esparcía la vista hacia atrás, como fascinado por el atroz espectáculo. Pero nada más podía ver. Dije más arriba que soplaba un viento negro de velocísimos torbellinos. Imposible ver nada a quince, veinte metros. Los ojos se llenaban de rabiosa arena.

### **La bufera infernal**

Muchos años después, en la Universidad de California, urgido por exigencias académicas, tuve que hacer un minucioso estudio del *Inferno* de Dante.

Conocía la obra pero no en detalle. En el Canto V, versos 28-33, hallé con un estremecimiento una descripción, diré, de lo que he contado arriba:

lo vermi in loco d'ogni luce muto,  
che muggia, come fa mar per tempesta,  
se da contrari venti è combanutto.

La bufera infernal, che mai non resta,  
mena gli spirti con la sua rapina;  
voltando e percotando le molesta.

(Arribé yo a un lugar sin luz alguna (¡Mudo de luz! ¡Admirable hallazgo!)  
que mugía cual mar tempestuoso  
cuando contrarios vientos lo combaten.

La tormenta infernal que nunca cesa  
arrastra a los espíritus, girando  
y girando y golpeando los tortura)

La bufera infernal, esta tromba infernal que nunca cesa y que arrebató a las sombras en sus torbellinos, me hizo revivir aquella escena horrible del *Camino de la Desesperación*.

△

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**